UN PRECURSOR DEL URBANISMO MODERNO EN NAPOLES: DON PEDRO DE TOLEDO *

POR

DAMIAN CARLOS BAYON

La dominación española en Nápoles constituye, en sí misma, una página muy curiosa de la Historia. Dos siglos, unos sesenta nombres de virreyes, algunas obras públicas de primer orden, pero también —hay que decirlo— un profundo desconocimiento de los problemas del pueblo napolitano.

España y Francia, las dos potencias «unitarias» de la época en la Europa continental, disputaron largamente, a través de los siglos, la posesión de esa tierra fragmentada que fue Italia hasta hace apenas unos cien años.

Al Norte, la manzana de la discordia era Milán y la fértil llanura que la rodea; al Sur se trató sobre todo de Nápoles, dotada de un prestigio incomparable. Y si la predilección por la capital lombarda y su rica provincia es algo fácilmente comprensible, la terca lucha de unos y otros por Nápoles nos parece hoy cosa difícil de explicar.

Bien es verdad que se trataba de una ciudad animada, con un puerto al abrigo en una magnífica bahía, y para colmo, con un clima templado y benigno. Con todo, tierra adentro, se puede decir que la provincia estaba por entero en un estado casi salvaje y no poseía sino unas cuantas explotaciones rurales mal implantadas (1). Para mayor desdicha aún, las magras rentas que esas explotaciones rurales daban, corrían permanentemente el riesgo de ir a engrosar los bolsos ávidos del primer pirata de los que abundaban por esos parajes (2).

---

* Ponencia presentada al coloquio convocado por Pierre Francastel en París (julio de 1966) sobre el tema: *El urbanismo europeo del siglo XVII.*

(1) «... El señor Pepe ha sabido ver bien el problema cuando en uno de sus recientes y agudos estudios recuerda que el Mezzogiorno se vio *aparentemente* protegido en sus confines por la potencia militar y política de España, porque en realidad resultó *sacrificado* a las concepciones ideológicas y estratégicas de esa monarquía, las cuales desgraciadamente no coincidían con los intereses y la tradición del Mezzogiorno italiano». *(Piano regolatore, Napoli,* varios autores, 1955-58, tomo I, p. 45.)

(2) Para protegerse de esos temibles enemigos, las fortalezas habían sido «sembradas» abundantemente a lo largo del país. A excepción de la de Benevento —que era pontifical—, se trataba de fortalezas españolas. Damos aquí la lista completa (sin contar las cuatro que existían en la propia ciudad de Nápoles); eran ellas: Ischia, Baïa, Gaeta, Aversa, San Germano, Cosenza, Amantea, Tropea, Crotona, Orilo, Taverna, Otranto, Tarento, Brindisi, Gallipoli, Lecce, Copertino, San Cataldo, Barletta, Bisceglie, Manfredonia, Aquila, Civitareale, Olevano, Salerno, Monopoli.

Por último, y para decir la verdad: Nápoles en el siglo XVI debía ser todavía «el fin del mundo», aun cuando representara la punta de lanza de la cultura europea en ese mar interior donde pululaba el temible enemigo que, con fórmula abreviada, se llamaba entonces el Infiel.

No creemos, pues, exagerar al afirmar que Nápoles, mil veces conquistada y perdida, debía constituir a los ojos de los españoles, antes que nada, un símbolo de prestigio que había que conservar a cualquier precio. Ya que, con todo, no hay tampoco que olvidar que a pesar de sus pestes, sus revueltas, su mala reputación de ciudad en manos de la soldadesca y la prostitución, Nápoles no dejó por ello de ser la mayor —por no decir también la más hermosa— de las villas españolas de la época (3).

En realidad, no existe un urbanismo a escala europea que nos haga él sólo abarcar todos los problemas de una época dada. Nápoles representa, por su parte y únicamente, un caso particular con los mismos títulos que París, Londres o Madrid.

Empecemos por aclarar que, a comienzos del siglo XVI, había en Nápoles al menos tres ciudades diferentes superpuestas: la antigua *Neapolis* de los griegos; la ciudad romana, reconocible aún hoy por el trazado de sus calles que se cruzan en ángulo recto, y, por último, la ciudad medieval, desordenada y laberíntica por definición.

Para poder hacer, pues, de Nápoles una ciudad «moderna», los españoles tenían ante todo que ampliar el puerto, agrandar considerablemente el círculo de las murallas a fin de implantar otros barrios, sin descuidar la creación de nuevas puertas de la ciudad y de unos cuantos edificios clave capaces de controlar y dominar —llegado el caso— a esa turba que se amontonaba fácilmente en las estrechas callejas.

Ya veremos más adelante que si los primeros virreyes no hicieron gran cosa en ese sentido, don Pedro de Toledo, por el contrario, puede pasar a la Historia como un verdadero precursor de ese urbanismo que se difundirá por toda Europa sólo un siglo más tarde.

Que la empresa de Toledo resultaba muy avanzada para la época es cosa fácil de probar. Bastaría, por ejemplo, citar el testimonio de Pierre Lavedan, quien en su clásico libro sobre la historia del urbanismo europeo habla de los antecedentes de ese tipo de trabajos en la propia Italia.

Ya entre los años 1460 y 1464 el papa Pío II —que no era otro que el famoso humanista Eneas Silvio Piccolomini— había hecho construir, a

(3) En cuanto a la población, los aútores no están siempre de acuerdo. Para Roberto Pane, *Napoli imprevista,* se puede proponer una cifra de 50.000 habitantes a fines del siglo XV. Por el contrario, el *Piano regolatore* (ya citado) estima que Nápoles debía contar a fines del reinado aragonés con 100.000 habitantes; a mediados del siglo XVI, 200.000, y a mediados del siglo XVII, 400.000 habitantes,

su exclusiva gloria personal, esa ciudad de Pienza que lleva aún su nombre. Un poco más tarde, esta vez al norte de la península —en Lombardía, para ser más precisos—, encontramos en Vigevano otro ejemplo de una ciudad hecha «de una vez» en 1492, y ello gracias a la voluntad de un «tirano»: Ludovico el Moro. También en ese año fasto, Ercole de Este duplica, literalmente, su buena villa de Ferrara, de la cual era señor. En fin, podríamos citar también, contemporáneamente, las dos grandes plazas florentinas de la *Annunziata* y de *Santa Croce,* sin olvidar tampoco el *Arco de Alfonso V de Aragón,* precisamente en Nápoles, elemento moderno «pegado» entre las dos torres medievales que flanquean la entrada del puente levadizo de ese *Castelnuovo* que los Anjou mandaron edificar tres siglos antes de la época que estudiamos.

Después de todas esas obras le llega el turno a la verdadera hazaña de Toledo, sobre la que volveremos extensamente más adelante. Su plan de saneamiento de Nápoles no era en verdad cosa frecuente en esa época: ni en la propia Europa ni en ninguna de las nuevas colonias americanas. Si en España, y hacia ese tiempo, muchas obras importantes y monumentales se habían levantado (4), nunca hasta entonces nadie se había propuesto mejorar globalmente una ciudad.

Aun Roma, *caput mundi,* llegará con retraso en esta carrera. Lanciani lo dice textualmente: «A Paulo III o a su consejero Latin Juvenal de Manetti debemos la apertura, corrección y embellecimiento de las calles de la Puerta de San Sebastián, de San Gregorio, del Plebiscito, de la Strada Papale, de la Torre Argentina, de las vías de los Baullari, del Corso, Fontanella di Borghese, Condotti, Babuino, Paolina, Castari, Palombella, Panice, etc.» (5). Y Lavedan agrega que, si bien las ideas remontan al tiempo de Paulo III, sus realizaciones no tendrán lugar sino hacia 1564-1565 (vía Paolina, actual del Babuino) o hasta 1581 (Conditti), es decir, respectivamente, hasta los reinados de Pío IV (1559-1565) y de Gregorio XIII (1572-1585).

Y todo el mundo sabe que la gran operación del urbanismo romano data de tiempos de Sixto V (1585-1590), operación que fue llevaba a buen término gracias al talento de Domenico Fontana, ese gran arquitecto venido del norte de Italia y que más tarde iba a servir en Nápoles bajo las órdenes de uno de los sucesores de Toledo, don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, esclarecido mecenas (1610-1616).

Debemos preguntarnos ahora quién era ese precursor. Don Pedro de

---

(4) En nuestro libro, D. C. Bayón: *La «commande» architecturale en Castille au XVIe siècle,* París, 1967, analizamos el caso de ciertas ciudades españolas «en alza» como Granada, Sevilla y Toledo, que no se beneficiaron, sin embargo, de un plan orgánico de urbanización como fue el caso de Nápoles en esa misma época.

(5) Lanciani: *Storia degli scavi* (citado por Pierre Lavedan, *Histoire de l'urbanisme,* t. II, p. 232).

Toledo fue uno de los hijos del segundo duque de Alba, don Fadrique Alvarez de Toledo, y de su mujer, Isabel de Zúñiga. Nació en 1484 en el pueblo de Alba de Tormes, cerca de Salamanca, y muy joven estaba ya al servicio de Fernando el Católico en calidad de paje. Con ese gran rey, Toledo participó, por primera vez en su vida, en una campaña militar, y ello ocurrió durante la conquista de Navarra. Más tarde, en tiempos del emperador, Toledo iba a intervenir en una cantidad de guerras: en Alemania, en Flandes y en Italia, país adonde lo llamaba su destino y donde finalmente fue a morir.

Gracias a su casamiento con doña María Osorio, primogénita de la prosapia de los Benavente y marquesa de Villafranca, don Pedro pudo acceder a un título nobiliario. En 1532 fue nombrado virrey de Nápoles, uno de los más altos cargos del Estado español, cargo que debió llenar por otra parte con notable eficiencia aun a los ojos de los historiadores italianos más severos.

Apenas en posesión de sus funciones, don Pedro cortó de raíz todas las pretensiones de los nobles de la provincia de su administración. Al mismo tiempo que atacaba con ardor el problema de la «limpieza» de la región napolitana, en manos de peligrosísimas hordas de bandidos.

No obstante, en Nápoles mismo, don Pedro tuvo un enemigo jurado en la persona del marqués del Vasto, ese hombre altivo, inmortalizado por Tiziano en el cuadro del Prado. En efecto, el marqués no cesó de pedir con mucha insistencia la destitución de Toledo, cosa a la cual Carlos V no se prestó jamás.

En 1547, el pueblo napolitano, apoyado por la nobleza descontenta, se rebeló cuando el virrey quiso introducir en el país la Inquisición española. La represión fue dura y Nápoles terminó por aceptar, bien que mal, una solución un tanto menos rigurosa con la Inquisición romana. Don Pedro, en principio, perdonó al pueblo napolitano... después de haberle hecho pagar, con todo, una fuerte multa. De ese episodio característico puede decirse que el poder del virrey salió reforzado en cierto modo, y ello, naturalmente, en proporción inversa a la pérdida de las libertades populares. Toledo tuvo también muchos otros gestos de intransigencia «española»: la expulsión de los judíos en 1540, la supresión de las fiestas licenciosas, la represión de duelos y raptos que en la Nápoles de entonces estaban a la orden del día.

De todas maneras, sería injusto no reconocer que en todo el resto de Europa los tiempos eran también muy duros. A decir verdad, don Pedro no ha pasado a la Historia con los rasgos de un odioso tirano; lejos de ello, su gestión resultó, en general, bienhechora, empezando por sus campañas para sanear la región meridional de la plaga que significaban los bandidos. Su gloria, perfectamente merecida por otra

parte, reposa no obstante en las obras que emprendió para hacer de Nápoles una ciudad hermosa y moderna.

Desde el punto de vista privado, su mayor triunfo fue el de conseguir casar a su propia hija Leonor con Cosme I de Médici, gran duque de Toscana. Don Pedro murió en Florencia en 1553, hallándose a la sazón en esa ciudad por razones de orden militar. Contaba entonces sesenta y nueve años de una vida bien colmada. Su tumba —vacía— se encuentra en la iglesia de *Santiago de los Españoles,* en pleno corazón de Nápoles. El doble sepulcro es obra del escultor italiano Giovanni de Nola (6).

☆

A fin de poder precisar la amplitud de la empresa de Toledo tendríamos que preguntarnos ahora qué índole de ciudad podía ser Nápoles a la llegada de ese primer virrey verdaderamente español (7).

Hemos hablado ya, a propósito de Nápoles, de la superposición de varias ciudades diferentes entre sí. Con todo, los monumentos notables podían contarse con los dedos de la mano. Veamos un poco cuáles eran y dónde se hallaban situados. En el «llano» había tres castillos fortificados, dos al borde mismo del mar: el *Castel dell'Ovo* (8) y el *Castel-*

---

(6) «Según Venturi (nosotros aclaramos que se trata de Adolfo Venturi), el escultor trabajó en la obra de 1540 a 1546, y en ella se hizo ayudar por muchos discípulos, especialmente por Domenico d'Auria —de origen genovés, probablemente— y por Annibal Cacavello. El monumento está situado en el amplio espacio detrás del altar mayor de San Giacomo degli Spagnoli, de Nápoles, vacío de las cenizas de su titular, que reposan aún en la catedral de Florencia hasta que la Real Hermandad de Nobles Españoles cumpla su propósito de trasladarlas al suntuoso panteón que él mismo se había previsto.

La forma del monumento es ciertamente insólita y revela la fantasía como dibujante de Giovanni di Nola: un gran plinto de planta rectangular, adornado en el zócalo con finísimos relieves que representan las victorias del virrey, y sobre él las estatuas orantes de don Pedro y doña María. En los ángulos, cuatro figuras erectas representan, con pagana libertad, las cuatro virtudes cardinales. Según Venturi, la obra personal de Nola, aparte del diseño del conjunto, se limita a las magníficas efigies orantes, en las cuales hay ya un reflejo del arte austero y viril de Miguel Angel. En el resto se advierte el primer fatigado y la vulgaridad de los obreros lombardo-ligures de Carrara». (Marqués de Lozoya, *Escultura de Carrara en España,* Madrid, 1957, pp. 33-34.)

(7) G. Galasso: *Momenti e problemi di storia napoletana nel età di Carlo V,* Società napoletana di storia patria, 1961, explica cómo, después de los gobiernos de Lannoy y de Orange, en el cual se ve la fidelidad de Carlos V a «sus gentes» (es decir, los flamencos), se puede considerar el nombramiento de don Pedro de Toledo como una vuelta a los españoles.

(8) El Castel dell'Ovo (literalmente Castillo del Huevo, a causa quizá de la forma ovoidal de su planta) es una roca fortificada cuya historia remonta al siglo XII. Hacia mediados del siglo XV, Alfonso V de Aragón lo unió al este con el Castelnouvo y al norte con el fuerte de Pizzofalcone que él mismo había hecho construir sobre la colina homónima (guía *Napoli e dintorni,* Touring Club Italiano).

nuovo (9); mientras que en el centro de la vieja aglomeración urbana se elevaba el llamado *Castel Capuano* (10). Sobre la altura, y a pico sobre el puerto, existía aún otra fortaleza que dominaba toda la bahía: el *Castel Sant'Elmo* (que los españoles transformaron en San Telmo) (11). Además, la ciudad propiamente dicha estaba rodeada de una cinta de murallas con puertas que regían las entradas y salidas tanto del lado del mar como del campo circundante (12).

Eso era aproximadamente todo desde el punto de vista de los edificios públicos de cierta calidad. El resto se componía de numerosas iglesias, conventos y casas bastante sencillas que surgían al azar de la confusión de las callejas atestadas de gente y siempre sucias. En la aglomeración había aún algunos palacios urbanos «a la florentina»: el palacio *Cuomo,* el de la *Duchesca* (13) (desaparecido hoy) y otro palacio más cercano a la ribera y a la futura zona que Toledo urbanizaría más

---

(9) El Castelnuovo es llamado «nuevo» justamente para diferenciarlo del Castel dell'Ovo y del Castel Capuano, más antiguos. Erigido por Carlos I de Anjou (1279-82), fue reconstruido en tiempos de Alfonso V de Aragón por el gran arquitecto catalán Guillermo Sagrera. Los españoles (1509-37) rodearon esa fortificación de un conjunto de bastiones y de un segundo foso. Está ornado, al exterior, por un magnífico arco de triunfo (1454-67) diseñado probablemente por el mismo Sagrera y esculpido por diferentes artistas: Sagrera, Pere Johan, Domenico Gagini, Isaia da Pisa y Francesco Laurana (Guía citada).

(10) El Castel Capuano se levanta cerca de la Porta Capuana de la cual recibe el nombre. Fue fundado por Guillermo I (siglo XII) y agrandado por Federico II. Restaurado y fortificado por Carlos I de Anjou, llegó a ser más tarde residencia real, habiendo sido habitado por Carlos V en persona, en 1533. El emperador lo legó posteriormente a su caballero Philippe de Lannoy (guía citada).

(11) El Castel Sant'Elmo se encuentra en el emplazamiento de una antigua iglesia del siglo X, dedicada a San Erasmo (nombre que se ha deformado sucesivamente en Eramo, Ermo para dar, finalmente: Elmo). Fue construido bajo el nombre de Belforte por orden de Roberto de Anjou en 1329, y constituye un testigo-clave de la historia por la posesión de la ciudad que se extiende a sus pies.

(12) Entre las puertas de Nápoles que Toledo pudo ver a su llegada señalemos la más célebre de todas —en pie todavía hoy—: la Porta Capuana. Se trata de una magnífica construcción aragonesa (1484), formada por dos torres circulares (llamadas, respectivamente: *Honor* y *Virtud)* que flanquean un arco de triunfo esculpido. Es obra de Giuliano da Maiano (1432-97), y pasa por ser la más bella de Italia en su género. Sobre el arquitrabe, en dos nichos, las estatuas de San Genaro (patrono de Nápoles) y de San Agnello. Había también una tercera estatua con la imagen del rey Fernando, que fue reemplazada en tiempos de Carlos V por un gran escudo imperial (Revista *Napoli nobilissima,* vol. I, p. 47).

(13) «Allí, hacia 1487, Alfonso de Aragón, duque de Calabria, hijo de Ferrante I, hizo construir ese palacio, que tomó de quien lo hacía el nombre de Palazzo della Duchesca, y del cual fue arquitecto el célebre Giuliano da Maiano» *(Nap. nob.,* vol. I, p. 81). Ese palacio fue destruido más tarde.

En cambio, el Palacio Cuomo está aún en pie (aunque desplazado varios metros para dejar sitio a la Via Duomo). Fue construido entre 1460 y 1490 para un rico mercader napolitano: Angelo Cuomo, según el proyecto de un arquitecto desconocido, identificable quizá con Giuliano da Maiano. Por último, otro edificio también de la misma época es el Palacio Santangelo, levantado por Diomede Carafa, primer conde de Maddaloni. Estaba concluido en 1466 y en él pueden distinguirse rasgos de arquitectura catalana mezclados a formas florentinas.

tarde, nos referimos al palacio *Gravina* (14), comenzado en 1513 y que se halla todavía en pie.

En las afueras de la ciudad, en lo que era antes el «campo», habría debido levantarse otro palacio, el de *Poggioreale* (15), que Ferrante II había encargado a ese gran arquitecto que fue Giuliano da Sangallo, pero aunque conocemos la planta de ese palacio podemos decir que el edificio nunca fue ejecutado.

Este conjunto que acabamos de descubrir de manera sumaria corresponde aproximadamente a todo lo que Toledo pudo encontrar a su llegada a Nápoles. Tratemos ahora de analizar lo que él mismo emprendió para llegar a transformar la ciudad en los veintiún años que estuvo en ejercicio (16).

☆

Digamos ante todo que fue el responsable de las obras del *muelle grande* y del *pequeño muelle,* trabajos portuarios que iban a facilitar enormemente el amarre de las naves (17). Se supone que fue también él quien encargó varias fuentes: la de *Spinacorona, San Pedro Mártir, Scapligiata,* del *Atlante* y la de *Coccovaia.* Hizo desecar pantanos y procedió a la total renovación de la fortaleza de San Telmo gracias a la

---

(14) El Palacio Gravina se alza sobre un terreno adquirido en 1513. A partir de ese año, Gabriele D'Angelo empezó a construir para Ferdinando Orsini, duque de Gravina, un palacio en estilo toscano, que existe aún en nuestros días. Fue continuado por G. F. di Palma, llamado el Normando, quedando concluido el palacio en 1549. De la misma época es también el Palacio Marigliano, edificado por G. Donadio (1512-13) para Bartolomeo di Capua, conde de Altavilla.

(15) R. Pane: *Architettura del Rinascimiento,* cuenta cómo Fernando II de Aragón —hijo de Alfonso V— pidió a Lorenzo el Magnífico el nombre de un arquitecto capaz de hacerle un palacio en Poggioreale. Lorenzo sugirió a Giuliano da Sangallo. En 1488 realizó ese arquitecto una maqueta, que fue él mismo a mostrar a Nápoles. El palacio no fue jamás construido.

(16) Entre las obras de conjunto que nos informan sobre este problema hay que citar la colección de la revista *Napoli nobilissima* y los siguientes libros: D'Ambra: *Napoli antica* (1889); G. Coniglio: *Il regno di Napoli al tempo di Carlo V;* F. Nicolini: *Aspetti della vita italospagnuola nel 5 e 600;* G. Doria: *Storia di una capitale* (Napoli dalle origini al 1860); C. Beguinot: *Una preesistenza ambientale a Napoli: I «Quartieri spagnoli»* (1957). También debemos señalar el volumen de homenaje: *Studi in onore di R. Filangieri* (donde encontramos especialmente un estudio de G. Coniglio, *Note sulla società napoletana ai tempi di Don Pedro di Toledo).*

(17) Había también, desde 1487, un faro: la Lanterna al Molo, que fue destruido varias veces y que don Antonio de Toledo, duque de Alba, iba a hacer reparar en 1625. Es el mismo virrey que hizo construir la Porta Alba, que da aún hoy acceso a la Piazza Dante, una de las plazas sobre la vía Toledo. No hay que confundir a este virrey con otro duque de Alba (sobrino de don Pedro), que gobernó entre 1555 y 1558, y que se contentó con hacer grabar una leyenda en honor de su tío sobre otra de las puertas de Nápoles (hoy desaparecida): la Puerta Real Vieja.

colaboración de otro español, el comendador P. L. Scribá (18). Esos trabajos de transformación duraron de 1537 a 1546.

También se embarcó Toledo en otra empresa, la de adaptar el Castel Capuano haciendo de él, de simple fortaleza, una prisión y sede de un tribunal. Con ese fin tomó a sus órdenes en esa ocasión a dos hombres del oficio: Benincasa y Manlio. Por otra parte sabemos que las obras de instalación de los nuevos servicios del Castel Capuano estaban casi terminadas en el año de 1539.

En 1536 un polvorín saltó en el Castelnuovo (19), con ese motivo el virrey procedió a las reparaciones del caso, habitando él mismo en persona el castillo durante varios años, mientras su arquitecto napolitano que acabamos de nombrar, Ferdinando Manlio, le concluía otra morada, la que más tarde se llamó *Palacio Real Viejo,* que estaba vinculado al Castelnuovo y se encontraba a la izquierda del actual *Palacio Real* (20).

También ordenó agrandar el cerco de las murallas (21), para lo cual se vio obligado a hacer demoler o desplazar ciertas antiguas puertas de la ciudad, tales como la *Puerta Real Vieja* (22).

El edificio más importante de tiempos de Toledo fue, con todo, el *Hospital de Santiago* (23), que poseía como dependencia esa iglesia de Santiago de los Españoles de la que hemos hablado y que fué edificada

---

(18) Comendador PEDRO LUIS SCRIBÁ: *Apología en excusación y favor de las fábricas del Reino de Nápoles* (manuscrito publicado por E. Mariátegui, Madrid, 1878). Beguinot en la nota II, al pie de la página 21 de su libro dice a este respecto: «... del arquitecto padre Luigi Serina», y lo da como autor de los trabajos de Sant'Elmo. Podemos preguntarnos si P. L. Serina y P. L. Scriva (también se le puede escribir así) no son sino un mismo nombre erróneamente descifrado.

(19) Sólo apenas un año más tarde de haber sido habitado por el emperador a la vuelta de su triunfal campaña de Túnez.

(20) «El edificio, protegido por dos bastiones, estaba rodeado de un delicioso jardín, llamado el "pascuo regio", y sobre el portal había las armas imperiales de Carlos V...» (C. BEGUINOT: *Op. cit.*, p. 24). G. DORIA: *Op. cit.*, p. 144, agrega a su vez que el palacio estaba rodeado por tres célebres conventos: Santa Croce, Santo Spirito y San Luigi.

(21) «... la nueva muralla, iniciada en 1533 y concluida en el 47, iba de Porta S. Gennaro a S. Maria di Constantinopoli (fundada en el 1529, después de una aparición de la Virgen, que anunciaba el fin de la peste), llegaba por la vía Bellini a la actual piazza Dante, y volvía a subir la colina donde está ahora el hospital de la Trinità, seguía más o menos el Corso hasta S. Lucia al monte y a S. Maria Apparente, de donde bajaba hasta S. Catarina a Chiaia (puerta de S. Spirito) y, costeando Pizzofalcone, alcanzaba el Castelnuovo por S. Lucia». (G. DORIA: *Storia di una capitale,* p. 143.)

(22) Fue transferida por Toledo en 1543.

(23) Este hospital, fundado por Toledo, llegará a ser más tarde, en tiempos del duque de Alba (1555-58), una verdadera «mutualiad» para soldados. Más tarde, el conde de Olivares le agregará un Instituto de Crédito Público (1597), y su continuador, el conde de Lemos (1599-1610), lo transformará aun en Monte de Piedad (1606). (URBANO CARDARELLI, Napoli, edilizia pubblica, in *Piano regolatore,* t. I, 1955-58.)

siempre por el mismo Manlio (24). Reservamos, sin embargo, la parte más importante de nuestra exposición a las dos obras que le han valido a Toledo el bien merecido nombre de urbanista (25), vale decir: la apertura de la calle que lleva su nombre y la no menos famosa creación de los llamados *Quartieri spagnoli.*

☆

Los historiadores napolitanos que se suceden desde hace unos setenta años están más o menos de acuerdo para explicar y juzgar la conducta de los primeros virreyes españoles. El más ilustre de todos ellos, Benedetto Croce (26), opina que se trataba sobre todo «de una protección del territorio y de un intento de sumisión del poder de los barones —poder político semisoberano— a la soberanía del Estado» (27). En nuestros días, otro notable autor, Roberto Pane (28), insiste él también sobre lo que considera el objetivo fundamental de Toledo, y que no era otro, en el fondo, que el de impedir que en la provincia se produjeran sublevaciones. Pane señala que para llegar a ese resultado Toledo no hizo otra cosa que atraer a la ciudad a las grandes familias feudales. Con la misma perspicacia podríamos llegar a pensar que Toledo emprende la creación de una gran calle nueva y de un barrio adyacente, no solamente para agrandar Nápoles —lo que por otra parte era absolutamente necesario— sino también y sobre todo para crear el «marco» digno de esa aristocracia que trataba de enraizar en la ciudad. No anticipemos, sin embargo, las conclusiones.

Para estudiar tanto la calle como el barrio tenemos desde hace años

---

(24) J. Camón Aznar: *La arquitectura y la orfebrería españolas del siglo XVI (Summa Artis,* vol. XVII, Madrid, 1959), en la p. 379 y sig., evoca un problema interesante: según él, Juan Bautista de Toledo, el arquitecto español autor de la planta primitiva de El Escorial, habría realizado para su protector, don Pedro de Toledo, varios trabajos importantes: «... Trabaja en uno de los bastiones de Castelnuovo. Levanta la iglesia de Santiago de los Españoles, con el sepulcro del coro con bajorrelieves de Juan de la Mota, y es autor del palacio de los virreyes, en Purgal; de varias fuentes, y abre también la célebre *Strada de Toledo*». Agreguemos que los abundantes autores italianos consultados por nosotros no mencionan jamás el nombre de J. B. de Toledo, que era, no obstante, arquitecto trabajando a las órdenes de don Pedro en Nápoles, de donde le hizo volver una cédula real del 15 de julio de 1559, firmada por Felipe II. Hay en este punto un problema de atribuciones múltiples que valdría la pena esclarecer un día.

(25) «... la verdadera Nápoles, que hoy conocemos, es aquella que se formó bajo la dominación española, ya que nada o bien poco subsiste de la Nápoles anterior que podamos imaginar con cierta aproximación estudiando solamente historias y documentos». (G. Doria: *Op. cit.,* p. 135).

(26) Entre las innumerables obras de Benedetto Croce, las tres en las que se ocupó especialmente de problemas napolitanos, son: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza; Uomini e cose della vecchia Italia; Storia del regno di Napoli.*

(27) Citado en *Piano regolatore,* tomo I, p. 45.

(28) R. Pané: *Napoli imprevista.*

el privilegio de contar con dos trabajos de primer orden: un largo artículo de Antonio Colombo (29) y el libro exhaustivo de Corrado Beguinot (30).

Una cosa nos llama, ante todo, la atención. Y es el hecho de que Toledo —con sus consejeros Manlio y Benincasa— emprende la doble operación calle-barrio en terrenos que se encuentran al Oeste del Nápoles antiguo. ¿Por qué al Oeste? Por una razón muy sencilla: se trata del lugar ideal para agrandar la ciudad. En efecto, al Este se extendía una zona pantanosa, al Norte las colinas de Capodimonte, Due Porte y Poggioreale constituían un verdadero «tapón» que impedía el crecimiento urbano por ese lado. Quedaba pues solamente esa suave pendiente que se encuentra a occidente de la antigua aglomeración. Esa zona «urbanizable» no tenía menos de 150 hectáreas y estaba en cierto modo disponible apenas traspuestas las viejas murallas aragonesas (31).

La elección del emplazamiento de la calle, que corre de Norte a Sur, constituye materia de discusión entre los diferentes autores que se han ocupado de ella. No obstante, y ante todo, hay una realidad que se impone: la calle actual sigue con toda naturalidad el lecho del torrente que durante siglos han excavado las aguas que bajan hacia el mar desde las colinas que rodean la ciudad.

El trazado de la calle es debido a Merliano y a su discípulo Ferdinando Manlio, que ya hemos encontrado aquí varias veces. Pero en tanto que Celano afirma que la calle fue orientada de manera a quedar expuesta al sol del mediodía, para Colombo, en cambio, ella resulta del simple hecho de ocupar el antiguo foso de las murallas demolidas. Por último, según Ceva-Grimaldi, la calle no hace sino seguir el límite inferior de la viña de San Martino (32).

En general puede decirse que el terreno elegido no ofrecía ningún rasgo particular digno de ser mencionado (33), y los trabajos de ejecu-

---

(29) Antonio Colombo: «La strada di Toledo», in *Napoli nobilissima*, volumen IV, 1895.

(30) Corrado Beguinot: *Una preesistenza ambientale a Napoli: I «Quartieri spagnoli»*, Nápoles, 1957.

(31) C. Beguinot: *Op. cit.*, p. 20.

(32) C. Beguinot: *Op. cit.*, pp. 24-25.

(33) «Deben recordarse... la torre llamada Belforte, construida por Carlos II, de Anjou, la "villa" que a comienzos del 1300, Carlos, duque de Calabria, hijo de Roberto II, de Anjou, empezó a transformar en monasterio, sin lograr llevar a término su obra a causa de su propia muerte; y aun la iglesia y el convento de San Luigi, comúnmente llamado de San Francesco di Paola, porque fue hecho edificar por el santo con donativos de Fernando I de Aragón en 1481, en el lugar de la actual plaza del Plebiscito, entonces lo bastante solitario como para dar la idea de levantar allí una ermita. Además, afuera de los muros, se encontraba la iglesia de los Griegos y algunas casas de familias griegas prófugas del Asia Menor, y otras de sacerdotes, y que estaban cerca del monasterio de Monteoliveto (erigido en 1411 sobre terrenos que el marqués del Vasto de Avalos había concedido en censo a los monjes).» (C. Beguinot: *Op. cit.*, p. 20, nota 9.)

El mismo Beguinot explica (pp. 20-23) que entre los grandes propietarios

ción de la nueva vía pudieron ser comenzados ya en 1536 (o 1537) para ser concluidos hacia 1543.

En líneas generales la calle era ancha, bastante recta y se prolongaba por más de dos kilómetros, vinculando así el nuevo Palacio Real, cerca del puerto, con el pie de la colina de Capodimonte, que limitaba la ciudad antigua por el Norte. La calle en sí misma resultaba grandiosa para la época y más tarde se la llegó a calificar de «nobilissima, cosa rara e meravigliosa».

Es siempre el ya citado Colombo quien nos cuenta en detalle cómo, en 1544, se comenzaba a pavimentar la calzada, trabajo que, por otra parte, iba a resultar bastante largo si se tiene en cuenta que en 1569 todavía no había tocado a su fin. No obstante, a pesar de que durante los primeros años se trataba de un verdadero lodazal —lo que la hacía de difícil circulación—, no por eso la calle de Toledo dejó de tener magníficos palacios que la flanqueaban y que daban literalmente el «tono» de la ciudad en tiempos de los virreyes españoles (34).

(latifondisti) de esa zona agrícola que el virrey Toledo decidió urbanizar, se encontraban los monjes Cartujos, la abadía de Scafati, las monjas de Santa Clara y varios señores nobles. Las hermanas de Santa Clara daban en arriendo a largo plazo una parte de sus tierras a Ettore Pignatelli, duque de Monteleone, y por una extensión de terreno más importante todavía los cartujos hacían otro tanto con Gianbattista Spinelli, príncipe de Cariati. Agrega Beguinot un detalle etimológico interesante: los cartujos introdujeron en Nápoles el cultivo de la morera —«gelso» en italiano—, lo que dio más tarde el nombre de «le celze» a toda esa parte de la ciudad que se había llamado anteriormente «Montagna delle Mortelle», o sea Monte de los Mirtos.

A estos propietarios que acabamos de mencionar convendría agregar, además, los monjes de Monteoliveto y la propia familia de Avalos.

(34) A. Colombo, en su largo artículo de *Napoli nobilissima,* citado varias veces, recuerda la frase de Celano, que dice en una ocasión: «... apenas hecha la vía Toledo, siguiendo el gusto del virrey y por la salubridad del sitio... de parte y otra se comenzó a habitarla por parte de diversos españoles y ministros...»

Colombo establece también la lista de los principales edificios, mezclando, sin embargo, las épocas. Por el contrario, C. Beguinot: *Op. cit.,* en la nota 19, pp. 25 y sigs., registra más sistemáticamente el inventario de la vía Toledo durante la vida del virrey y algunos años después de su muerte. Traducimos su texto sin otros comentarios: «Entre los primeros y más insignes recordemos el palacio de Gianbattista della Porta, construido en 1546 por Francesco della Porta en la esquina de la vía Toledo y la Pignasecca; el palacio del Monte dei Poveri Vergognosi; el de Egidio Tapia, presidente de la Real Cámara Sumaria, iniciado en 1566.»

«En 1567, al ser demolido un tramo ulterior de las murallas orientales angevinas y abiertas las calles respectivas, quedaron liberados otros terrenos de edificación, sobre los cuales se levantaron los palacios de Isabella Imbriani, de Silvestro Coppa, de Matteo Terminillo, de Andrea Apicella; del mismo año son el claustro y el monasterio de S. Tommaso d'Aquino, construidos con los donativos de Ferrante de Avalos, marqués de Pescara. El palacio Maddaloni, edificado por Cesare de Avalos, marqués del Vasto y gran Canciller del Reino, sobre un terreno cedido por los Pignatelli di Monteleone, es, en cambio, posterior (1582); tres años después fue construido el palacio de la Nunciatura cerca de la actual plaza Carità.

Entre los edificios religiosos recordemos la iglesia del Spirito Santo (con el anexo de enseñanza para muchachas pobres), erigida en 1555, según diseño de Moccia...»

No hay que pretender, sin embargo, que en semejante situación todo resultara más o menos perfecto, lejos de ello. No olvidemos que apenas construidos palacios, conventos, iglesias, por una costumbre de la época que tenemos tendencia a olvidar, tanto los nobles como los ricos y los religiosos se apresuraban a alquilar la planta baja de sus moradas a los tenderos o traperos que se instalaban en simples tenduchos para vender toda suerte de mercancías (35).

La *Strada di Toledo* (se llama en realidad oficialmente *Via Roma* desde 1870) debía poseer un carácter único en toda Europa, cosa que nos confirman las impresiones escritas de los «turistas» de hace unos siglos. A su calidad de vía residencial y comerciante ella agregaba aún el encanto de constituir una verdadero paseo adonde se iba gustosamente para ver y hacerse ver, característica que, por otra parte, la calle conserva aún en nuestros días.

La proximidad de los cuarteles y de las mujerzuelas —increíblemente abundantes según testimonio de los viajeros (36)— había, con todo, favorecido la instalación, a lo largo de la gran calle, de cantidad de tabernas de mala muerte y de «posadas» más que sospechosas. Esa promiscuidad bulliciosa de todas las clases sociales prefigura, en pleno siglo XVI, lo que tres siglos más tarde serán los famosos Bulevares de París.

☆

Veamos ahora un poco el otro aspecto de lo que hemos denominado la operación urbanística del virrey Toledo. Beguinot nos provee de todos los detalles que pudiéramos desear sobre la materia. Para empezar, aclara lo que en italiano necesita aclaración: vale decir que los famosos *Quartieri spagnoli* hay que tomarlos en el sentido de cuartel y no en el de barrio (en español no hay problema porque tenemos dos palabras diferentes para designar ambas cosas).

Hemos dicho cuartel y el lector puede sorprenderse. Sí, cuartel. No olvidemos, en efecto, que para Toledo de lo que se trataba ante todo

(35) «No había nuevo barrio señorial —la strada di Toledo, la colina de Pizzofalcone, el pueblo de Chiaia— donde, a espaldas a los grandiosos palacios, no surgieran como por encanto barracas populares y aglomeraciones plebeyas, que representaban entonces una verdadera amenaza, como llegó a ocurrir en varias ocasiones; y así en la planta topográfica de la ciudad no hubo nunca una neta separación entre barrios señoriales y barrios plebeyos.» (G. DORIA: *Op. cit.*, página 139.)

(36) «C'est une chose incroyable que la grande quantité de femmes de joye qu'il y a à Naples...» (MERVILLE: *Voyage d'Italie*, 1729, citado por C. BEGUINOT: *Op. cit.*, p. 43.) Verdad es que el testimonio resulta posterior en dos siglos, pero también otros viajeros anteriores están siempre de acuerdo en ese punto, por ejemplo: BOUCHARD: *Un parisien à Rome et à Naples en 1632* (citado por G. DORIA: *Op. cit.*, p. 137).

era de organizar la defensa sistemática de la ciudad (37). Debemos, pues, considerar que la calle fácil y recta formaba bloque con esos «cuarteles». Según lo observa Pierre Francastel (38) muy pertinentemente, la vía amplia y cómoda constituye también un lugar privilegiado que simplifica todos los movimientos de tropas entre el puerto y la guarnición.

Y no solamente eso: calle y barrio acuartelado debían permitir a las autoridades españolas la estrecha vigilancia de la población napolitana en caso de revueltas graves. Al mismo tiempo, dada la amplitud de la calle, la concentración de la tropa, resultaban excelentes medios de controlar a los soldados, en los dos sentidos del término: por una parte, protegiéndolos de una eventual agresión por parte de los habitantes de la ciudad, y también teniendo un ojo alerta sobre los posibles desmanes de una tropa famosa por lo bulliciosa y pendenciera (39).

Los «quartieri» (esta vez no los cuarteles, sino el conjunto urbano en general) están aún hoy constituidos por noventa manzanas delimitadas por una red de calles en damero, paralelas o perpendiculares a la Via Toledo y situadas entre esta última y la colina de San Martino. Las calles en sí mismas tenían entre 4,80 metros y 5,20 metros de anchura, en el interior de cada manzana se habían previsto jardines y huertas: o sea algo muy avanzado en relación a lo que se hacía en la época.

Como se puede ver en el plano de Lafrery (40), las casas, en general, eran solamente de planta baja, mientras que, por el contrario, los palacios, iglesias y conventos que ya empezaban a elevarse a fines del siglo XVI contaban con varios pisos.

La verdadera desgracia, desde el punto de vista de la salubridad urbana, fue la ordenanza de 1566, según la cual no se podía construir

---

(37) C. Beguinot: *Op. cit.*, pp. 16-17, hace notar el buen juicio de Toledo en lo concerniente a la situación de la ciudad, en el centro mismo de los conflictos internos italianos, pero también amenazada directamente por una agresión del Imperio Otomano, todo ello dentro del marco de una atormentada situación internacional.

(38) En una intervención oral a raíz de nuestra ponencia en el coloquio de París en el mes de julio de 1966.

(39) El más sabroso cuadro de conjunto sobre este aspecto sigue siendo, sin duda, el que a fines del siglo pasado realizó Benedetto Croce en su inolvidable libro: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza.*

(40) «Antoine Lafrery, grabador y editor francés, nacido en Salins en 1512, muerto después de 1580. Hacia 1540 fundó en Roma una casa de edición de estampas, que llegó a hacerse célebre. Entre sus publicaciones pueden notarse: *Speculum romanae magnificentiae* (Roma, 1544), *Sacrificio pagano, Illustrium virorum, ut extant in urbe, expressi vultus* (1569). Grabador hábil ejecutó planchas según obras de Rafael, Perino del Vaga, etc.» *(La Grande Encyclopédie,* tomo XXI, sin fecha.) Agreguemos que también escribió un libro: *Ritratto della Nobile città di Napoli,* etc. (Roma, 1566). Entre las otras plantas de Nápoles (que se encuentran, en general, expuestas en el Museo de San Martino) podemos citar las de Wopendaal, Bulifon, el Duque de Noja y Ceva-Grimaldi.

en Nápoles sino *intra muros,* lo que dio rápidamente como resultado el amontonamiento de la población en casas que subieron rápidamente hasta cinco y seis pisos, con la consiguiente reducción de los jardines que quedaron reducidos a simples y lóbregos pozos de luz. La imagen pintoresca y un tanto siniestra que se nos ofrece hoy no tiene, pues, absolutamente nada que ver con el ambicioso proyecto inicial del virrey Toledo.

Aplicando un criterio moderno alguien podría decir: ¿por qué cuarteles en un barrio nuevo que además tenía la pretensión de llegar a ser una zona residencial elegante capaz de atraer a los nobles, napolitanos o españoles?

La respuesta es muy simple. Hasta ese entonces y en general los soldados vivían como querían o podían. Casi siempre alquilaban un cuarto en una casa y, en nueve casos sobre diez, esa casa era un burdel o una taberna. La voluntad «moderna» del virrey fue la de agruparlos cerca de la gran calle en un barrio nuevo especialmente hecho para ellos. Allí permanecieron por más de un siglo hasta que un sucesor de Toledo, el conde de Oñate (1648-1653), los transfirió por fin al verdadero cuartel —en el sentido actual del término— que hizo construir en Pizzofalcone.

Después del auge cultural que Nápoles había conocido en tiempos de Alfonso V de Aragón, su situación a comienzos del siglo XVI podría resumirse, más o menos, de la siguiente manera: se trataba de una gran ciudad-puerto cuyos gobernantes tenían que atender al mismo tiempo a su desarrollo, su defensa y salubridad, aunque las antiguas superposiciones urbanas hicieran muy difícil esa triple tarea.

¿Qué hacer, pues? Ante todo, había que ampliar el ruedo de las murallas angevinas y aragonesas, demasiado estrechas ya para contener a la población y a esa multitud que se volcaba sobre la ciudad: gentes del campo circundante y esos otros «desplazados» —como diríamos hoy— refugiados políticos en su mayoría griegos expulsados de su propio país por los turcos invasores.

Para llegar a hacer de Nápoles una ciudad moderna y segura había también que efectuar importantes obras portuarias, acompañadas de la renovación de las fortalezas, sobre todo la de San Telmo, colgada en lo alto de la colina de San Martino y, por ende, en una situación que domina toda la bahía.

Al mismo tiempo había que tomar enérgicas medidas en lo que a bandidos y malhechores se refiere, ya que ellos infestaban literalmente la provincia. No nos engañemos, sin embargo: todas estas medidas representan lo que podríamos llamar la «defensa exterior»; no había que descuidar tampoco, ni por asomo, la «defensa interior», lo que

suponía el trazado de amplias calles, de nuevos barrios, suprimiendo las frecuentes ocasiones de violencia que siempre se producen en una ciudad que es también un puerto y la sede permanente de una guarnición.

☆

Quizá sólo ahora podamos sacar alguna conclusión válida. No hay duda de que, como lo afirman Croce, Pane y Beguinot (41), el gobierno de Toledo constituye un endurecimiento general de la actitud española (42). Con todo, su «plan de Nápoles» no deja de parecernos por ello menos genial. Su idea de la calle ancha y recta respaldada por un nuevo barrio de habitación que es al mismo tiempo comercial... y militar, resulta una múltiple operación que honra a su autor.

En una palabra, es como si Toledo hubiera leído a Maquiavelo —cosa muy probable— y que se aprestara a seguir sus consejos. Si atrae a los nobles y los ricos de la provincia para poblar su capital, es porque también sabe que los pobres vendrán en pos de ellos para tratar de ganarse un poco mejor la vida. En cuanto a las clases que detentan el poder, una vez que entren en la «ratonera» de la vida en la corte se dejarán manejar y no constituirán ya un peligro como cuando tronaban en sus propios feudos.

Para acoger esta enorme mescolanza de población, Toledo prepara, pues, la nueva zona urbana que establecerá al oeste de la antigua aglomeración: demasiado repleta siempre y peligrosa por eso mismo. Mediante una doble operación, por un lado, «gana» terrenos bien expuestos y salubres, al mismo tiempo que «tapona» la barranca de la colina con un barrio militarizado que remata, por lo alto, con una fortaleza puesta al día en lo que a la defensa se refiere (43). A partir de un proyecto sobre todo militar —el barrio-cuartel—, Toledo llega a matar varios pájaros de un tiro.

En efecto: ampliaba los muros de la ciudad, creaba una «vía triunfal» que llevaba al antiguo castillo y al nuevo palacio real, establecía un vínculo rápido entre el puerto, la ciudad tradicional y la colina de

---

(41) «La importancia de la figura política de don Pedro consiste, sobre todo, en el hecho de que su venida marca el pasaje —por parte de los españoles— de una política más bien tolerante y casi, podría decirse, apoyada en un plano de paridad, a una actitud mucho más firme e intransigente» (C. Beguinot: *Op. cit.*, nota 5, p. 16).

(42) «Y ya partiendo de Ratisbona para su nueva sede, yendo acompañado por Nicolás Antonio Caracciolo, marqués de Vico, Toledo, por lo que discutía con él en el camino sobre las cosas de Nápoles, mostraba ya el áspero y riguroso gobierno que iba a ser el suyo.» (G. Rosso, citado por G. Galasso: *Momenti e problemi di storia napoletana nel età di Carlo V*, Nápoles, 1961.)

(43) Se puede consultar también a este respecto un tratado de la época, el de Bonaiuto Lorini: *Delle Fortificationi*. Venecia, 1597.

Capodimonte, y como si fuera poco, preparaba literalmente el «marco» de esa misma vida cortesana que contaba con implantar. Además, no olvidemos que mediante esa operación de la calle ancha y recta y del barrio en damero se atribuía los medios más prácticos de poder localizar el peligro en tiempos de revuelta popular —lo que ocurrió más tarde en la época de Massaniello (44)— al mismo tiempo que mostraba el modelo de un sistema de vida complejo y moderno.

No llegaremos, sin embargo, a pretender que todo este programa haya sido concebido por Toledo de manera sistemática, lejos de nosotros el pensarlo. Lo cual no obsta para que las cosas se hayan presentado aproximadamente como acabamos de exponerlas.

Tampoco hay que dejarse embriagar por las palabras, entendámonos: la «gran calle» de acceso a la ciudad, la que se hacía recorrer a todos los visitantes ilustres, no debía ser —pese a su puerta real que hacía las veces de «arco de triunfo»—, sino un tembladeral frecuentado no solamente por damas y caballeros. Por ella debían pulular, sobre todo, las mujerzuelas, los soldados de la guarnición, los humildes traperos de toda especie. No nos hagamos, pues, demasiadas ilusiones. Si hemos hablado con entusiasmo, tanto de la calle como del barrio, ha sido principalmente para destacar la idea muy avanzada de Toledo, esa idea que se encuentra detrás de las actitudes propiciatorias de ese típico autócrata de la primera mitad del siglo XVI.

En lo concerniente al barrio podríamos, sin embargo, decir que desde el punto de vista de los palacios privados y de los edificios religiosos (45), las cosas iban a tomar un buen giro. En cambio, en lo que se refiere al urbanismo propiamente dicho, las cosas evolucionaron mal y en poco tiempo, puesto que al lado mismo de las hermosas moradas aparecieron los modestos tenduchos, las tabernas y esos antros donde abunda la mala vida, verdadero parásito de todo lo que se refiere a la prostitución y a los soldados. Con todo, seamos justos: nada de esto es culpa de Toledo, que no pudo, a pesar de la autoridad de la que usaba con largueza, impedir esa ley de degradación de los barrios, problema demasiado conocido por los urbanistas de todos los tiempos.

☆

---

(44) Por la masa de información que supone se podría consultar: F. ELÍAS DE TEJADA: *Nápoles Hispánico,* tomo V. No obstante, el historiador español resulta tan ferozmente nacionalista que puede decirse que el exceso de sus opiniones deforma la excelente calidad de su información.

(45) En el *Piano regolatore,* citado ya en numerosas ocasiones, encontramos dos secciones especialmente interesantes para nuestro propósito: la que se ocupa de las instalaciones militares en Nápoles, debida a COSTANZA CAMIGLIA RISPOLI, y la dedicada a los establecimientos religiosos de la ciudad, a cargo de URBANO CARDARELLI.

Comparada con la mayoría de las ciudades europeas contemporáneas puede decirse, en justicia, que Nápoles gozó —antes de la primera mitad del siglo XVI— de una verdadera urbanización «moderna», planificada y llevada a cabo tal como las que se iban a ver más tarde por toda la Europa civilizada, eso sí, con un retraso que puede evaluarse en un siglo o siglo y medio con respecto a lo acaecido en Nápoles.

A nuestro juicio, Toledo se impone precisamente como un precursor, gracias a esta operación de alto urbanismo, tan precoz para la época. No es, por cierto, solamente nuestra opinión, sino la mucho más calificada de Corrado Beguinot, que dice textualmente: «... sus proyectos y sus sucesivas medidas urbanas reflejan, por otra parte, una percepción aguda de las *corrientes políticas de ese tiempo*» (46). (La bastardilla es nuestra.)

A este punto queríamos justamente llegar. Si Toledo se hace el campeón de una mentalidad «moderna» para la época no es sólo porque tome medidas de seguridad y de higiene que, por último, no van mucho más allá de un urbanismo pedestre. Sino porque, con él, nos encontramos frente a frente del autócrata tal como lo veremos aparecer en Europa en el caso de ese mismo extraordinario siglo XVI. Nombrado por Carlos V, a quien sabe recibir triunfalmente en Nápoles en 1533, a la vuelta de la victoriosa campaña de Túnez, puede ser considerado él mismo como un típico brote del gran árbol imperial. Lo es por su autoridad, que es capaz de imponer, por su dureza proverbial que puso a prueba desde el comienzo de su gestión eliminando esas hordas de bandidos que asolaban la provincia. Lo es también por su intransigencia en la expulsión de los judíos y esa voluntad de imponer la Inquisición al rebelde pueblo napolitano. En una palabra, por lo que comúnmente llamamos una política de «mano de hierro». Con él, en efecto, es el «príncipe» omnipotente quien llega, aunque en su caso ejerza el poder imperial por delegación. Lleno de rigor, casi intratable, tiene una idea fanática de la religión y de la gloria. Y si, en general, resulta inflexible, hay que reconocer que, en ocasiones, puede también mostrarse padre noble y magnánimo.

Italianizado quizá contra su propia voluntad, su personalidad sobrepasa con mucho la noción típicamente española de la estricta sumisión al Estado. El, por el contrario, se consagra en cuerpo y alma —como los otros príncipes italianos, empezando por el papa— al que considera legítimamente su papel, el de esclarecido mecenas. El fin que persigue no es sólo el de hacer de Nápoles y su región una colonia

---

(46) C. Beguinot: *Op. cit.*, p. 17.

española más: dócil y próspera. Integrándose al movimiento de ideas avanzadas de su tiempo quiere ser considerado como «hombre universal», ofreciendo en consecuencia su conducta como un modelo digno de imitación.

Es sobre todo por ese rasgo por lo que nos impresiona como un espíritu ya fundamentalmente moderno.

Damián Carlos Bayón
Quai Branly, 105
Paris